

Domingo 15: El Sufrimiento Expiatorio de Cristo

Preguntas y Respuestas 37-39

Lectura: Mateo 27:11-26

Salterios:

Primero: 120:3,4

Segundo: 12:1,3

Tercero: 187:1-4

Cuarto: 283:2

Último: 83:1-2

Querida congregación,

Cuando el Señor entra en la vida de alguien, las palabras de esta persona se vuelven cada vez más escasas. Antes, no era así. No tenía ninguna dificultad para hablar: podía hablar, cantar y orar. Pero cuando el Señor comienza a obrar por Su Espíritu irresistible, esto cambia. ¿Por qué? Porque ha recibido un golpe por dentro, en su corazón. Por eso, las palabras de ese pecador se vuelven cada vez más escasas. Por eso, él suspira bajo su pecado y culpa, bajo su necesidad y angustia. Sí, llega un momento en el que ya no tenga nada más que decir. Es llevado a inclinarse ante Dios y bajo las acusaciones de Su santa ley. No puede hacer otra cosa que poner su mano sobre su boca, asintiendo a todos los tratos de Dios, incluso si el Señor lo echara de Su presencia para siempre.

Si vamos al Evangelio según Mateo, capítulo 27, versículos 12 y 14, encontramos a Uno que también estaba en silencio. Fue el Señor Jesús, quien no pronunció palabra. Cuando fue interrogado por Poncio Pilato y acusado por Sus enemigos, no salió ninguna respuesta de Sus labios. Burlado por la gente y acusado por los principales sacerdotes, el Señor Jesús permaneció en silencio: en silencio bajo Su juez terrenal, en silencio también ante el Juez celestial que vino contra Él con una espada desenvainada, la espada de la justicia; en silencio incluso cuando tuvo que cargar la cruz y caminar hacia el Calvario.

Congregación, hay una maravilla tan grande de gracia en ese silencio de Cristo, en esa sumisión de Aquel que podría haber hablado, pero no lo hizo. ¿Por qué no abrió el Señor Jesús Su boca? Para que Dios hablara en misericordia a un pecador que se inclina ante Su juicio. Ese es el mensaje que escucharemos de nuestro Catecismo de Heidelberg hoy. Es el mensaje de un Cristo silencioso y Su sufrimiento expiatorio. Leamos el Domingo 15, Preguntas y Respuestas 37-39, antes de entrar en este mensaje con la ayuda del Señor.

Pregunta 37: ¿Qué es lo que crees cuando dices: “padeció”?

Respuesta: Que todo el tiempo que en este mundo vivió y especialmente al fin de su vida, sostenía en el cuerpo y en el alma la ira de Dios contra el pecado de todo el género humano, para que, con su pasión, como único sacrificio propiciatorio, librara nuestro cuerpo y alma de la eterna condenación, y nos alcanzase la gracia de Dios, la justicia y la vida eterna.

Pregunta 38: ¿Por qué padeció bajo el poder de Poncio Pilato juez?

Respuesta: Para que, inocente, condenado por el juez político, nos librase del severo juicio de Dios, que había de venir sobre nosotros.

Pregunta 39: ¿Es más importante el haber sido crucificado, que morir de otro modo?

Respuesta: Sí, porque este género de muerte me garantiza que él cargó sobre sí mismo la maldición sentenciada contra mí, por cuanto la muerte de cruz era maldita de Dios.

El Domingo 15 habla acerca de:

El Sufrimiento Expiatorio de Cristo

1. Bajo la ira de Dios
2. Bajo Poncio Pilato
3. Bajo la maldición de la cruz

Repito: El sufrimiento expiatorio de Cristo. En primer lugar, bajo la ira de Dios, una ira que reposaba sobre Él desde el comienzo de Su vida. Allí es donde comenzó, y así es como el Catecismo lo explica en la Pregunta 37, aunque el Credo Apostólico solo dice que “padeció bajo el poder de Poncio Pilato.” En segundo lugar, escucharemos acerca de Su sufrimiento expiatorio bajo Poncio Pilato; y, finalmente, acerca de Su sufrimiento bajo la maldición de la cruz.

Congregación, con seguridad no hay nadie aquí en la iglesia hoy que no conozca lo que significa el sufrimiento. Por supuesto, hay una diferencia en cuanto a la medida; sin embargo, no habrá nadie aquí a quien el sufrimiento le sea algo completamente extraño. Hay personas que sufren visiblemente; también hay personas que sufren en silencio. No se escucha mucho acerca de su aflicción. Se quejan poco de sus dificultades, pero sufren en silencio. Puede haber una madre que está llorando por uno de sus hijos o un padre que está deprimido porque ya no puede desempeñarse en su trabajo diario. Incluso los jóvenes tienen su porción de tristeza. Puede tratarse de amistades, de la vida escolar o de problemas en casa, pero los jóvenes también ya saben algo de lo que significa sufrir.

Ahora nuestro Catecismo nos dice que también el Señor Jesús ha conocido el dolor y la tristeza. Él ha sufrido *bajo* algo. Le recomiendo subrayar esa palabra: Él sufrió *bajo* algo. Así es como

podemos resumir el Domingo 15. En la primera pregunta, leemos que Él tuvo que sostener “la ira de Dios contra el pecado de todo el género humano”. Él sufrió *bajo* esa ira. En la segunda pregunta, leemos que Él sufrió *bajo* Poncio Pilato. Y en la última pregunta, leemos que Él tuvo que cargar sobre sí la maldición que estaba sobre el pueblo de Dios. Él sufrió *bajo* esa maldición. Así que, si deseamos describir brevemente lo que aprendemos en el Domingo 15, podemos decir que Cristo sufrió bajo la ira de Dios, bajo Poncio Pilato y bajo la maldición de la cruz.

Primer pensamiento. Bajo la ira de Dios.

Congregación, el dolor de Cristo era tan profundo que se puede decir de Él: “¿Dónde hubo dolor semejante a Su dolor?” No se puede expresar en palabras. ¿Cuándo comenzó? Comenzó en Navidad. Podemos hablar de la Semana de la Pasión como Su período de mayor sufrimiento, pero ese sufrimiento ya había comenzado en Belén, cuando Cristo nació; sí, comenzó en Nazaret, donde el Verbo fue hecho carne. Nuestro Credo Apostólico dice con razón que Él “padeció bajo el poder de Poncio Pilato,” pero esto no implica que Su sufrimiento solo se sintiera al final de Su vida. No, nuestro Catecismo correctamente toma la palabra “padeció” aparte y enfatiza el hecho de que el Señor Jesús sufrió durante todo el tiempo en que vivió en la tierra.

Alguna vez, cuando yo estaba en Jerusalén, conocí a un joven de Hebrón, aparentemente musulmán. Intentó convencerme de que el Corán era superior a la Biblia y que Mahoma era más grande que Jesús. Lo que me dijo fue esto: “Con respecto a Mahoma, sabemos lo que ocurrió en cada período de su vida, pero en cuanto a Jesús, solo leemos cómo nació, y luego no volvemos a saber de Él hasta que tiene treinta años.” Yo le respondí: “Estás equivocado, amigo mío. Lamento escuchar que no has leído bien la Biblia, porque ese silencio de treinta años fue interrumpido de una manera sumamente significativa. Cuando Jesús tenía doce años, fue con José y María al templo en Jerusalén. En Lucas 2, podemos leer que Él debía ocuparse de los negocios de Su Padre. Se sometió a Su Padre celestial, pero también a José y María. Eso es lo que la Biblia nos dice acerca de Su vida, y eso es suficiente. ¿Qué más se puede decir acerca de Él? Esa fue Su vida y Su gloria. Ha abierto el camino de la salvación para pecadores y rebeldes. Jesús obedeció a Dios en sumisión silenciosa y también fue obediente a Sus padres terrenales. Esa única historia en el Evangelio de Lucas nos dice más sobre el Señor Jesús que todas las historias del Corán sobre tu profeta.”

Congregación, el Señor Jesús obedeció a Dios en todo el período entre Su nacimiento y el comienzo de Su ministerio. Parece que el Credo Apostólico omite eso, pasando directamente de la Navidad al Viernes Santo, pero el Catecismo aclara que hay algo en medio: un período de sufrimiento. Toda Su vida puede resumirse en esa única palabra: “padeció”. Dondequiera que iba y dondequiera que se quedaba, Él sufría. Su encarnación fue el primer paso de Su humillación porque nació bajo circunstancias miserables. Sufrió en Belén, y así continuaba durante Su vida. Él sufrió más que cualquiera. Fue el Varón de dolores, experimentado en quebranto.

Cuán difícil es ya para un hijo de Dios vivir entre personas impías. Mucho más difícil fue para el Señor Jesús estar entre personas de lengua viciosa y corazón frío, morar entre aquellos que no amaban a Su Padre y soportar su burla. ¡Oh, cuánto debió haber herido eso Su alma! Debió haber atravesado Su corazón con muchas flechas. Él vivió entre grandes pecadores y piadosos hipócritas. Él, que había respirado la atmósfera pura del amor de Su Padre en el cielo, ahora tenía que respirar y vivir en el hedor del pecado aquí abajo —no solo por un día, sino todos los días, una y otra vez. Él sufrió toda Su vida.

Sin embargo, este sufrimiento se intensificó cuando comenzó Su ministerio entre la nación de Israel. Se enfrentó con Satanás y sus tentaciones sutiles. Fue escarnecido por los fariseos que conspiraron para deshacerse de Él. La mayoría de la gente común ignoraba Su mensaje, y Sus propios discípulos repentinamente fallaban al comprender el significado de Sus palabras y el propósito de Su venida.

Congregación, Sus sufrimientos fueron tantos y tan profundos. Se volvieron aún peores en la última semana de Su vida, la Semana de la Pasión. Nuestro Catecismo dice que Él sufrió “especialmente al fin de su vida”. En esa semana, Él fue arrestado y apresado en el Huerto de Getsemaní. No, Él no murió como mártir; voluntariamente extendió Sus manos para ser atado. Se levantó en defensa de Sus discípulos y dijo: *“pues si me buscáis a mí, dejad ir a estos”* (Juan 18:8). Fue juzgado por el Sanedrín. Fue azotado de una manera sumamente cruel y llevado a la cruz. Fue escarnecido por los que lo vieron colgado en ella. En esa última semana de Su vida, fue traicionado por Judas, negado por Pedro y abandonado por todos Sus discípulos. En resumen, fue herido en la casa de Sus amigos. ¿Quién, entonces, podrá contar cuánto Él sufrió?

Sin embargo, Su mayor sufrimiento aún no ha sido mencionado. ¿Cuál fue? Niños, ¿saben la respuesta? No es el hecho de que Jesús fue abandonado por Sus discípulos, sino el hecho de que Su Padre se apartó de Él en ira. Durante Su vida, el Señor Jesús siempre podía decir: “El Padre está conmigo”, pero en esas últimas horas de Su vida, el Padre apartó Su presencia amorosa. Oh, el Salvador cayó postrado en el Huerto, y Su sudor se convirtió en grandes gotas de sangre. Su alma estaba llena de tristeza, sí, estaba triste hasta la muerte, y dijo: *“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”* (Mateo 26:39). Llegó a ser gusano y ya no hombre. Fue desterrado de la presencia de Dios. En la oscuridad de Gólgota, no pudo más que clamar: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* El ser abandonado por Su Padre, significaba la muerte para Jesús. ¿Nos damos cuenta de ello? La peor parte del sufrimiento de Jesús no fue ser clavado en la cruz. Incluso podríamos decir que ha habido personas que han muerto de maneras más dolorosas en el sentido físico. Piensen, por ejemplo, en las personas que son quemadas vivas o torturadas de la manera más horrible. Sin embargo, la peor parte del sufrimiento de Cristo fue que Él, el unigénito del Padre, fue desamparado por el Dios a Quien Él amaba tanto y en cuyo amor siempre había vivido.

El sufrimiento de Su alma era indescriptible. Nuestro Catecismo dice que fue la ira de Dios contra el pecado de todo el género humano. ¿Es aún necesario explicar que Jesús no murió por cada persona individualmente? Recuerden lo que el ángel dijo a José: *“y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”* (Mateo 1:21). La *iglesia* es aquel pueblo que Él ha comprado con Su preciosa sangre. El Catecismo no dice que Él sufrió *por* los pecados de toda la humanidad, sino que sufrió la ira de Dios *contra* los pecados de toda la humanidad. La ira de Dios no puede dividirse. No hay una parte que arde contra los pecados del pueblo escogido de Dios y otra parte que arde contra los pecados de los inconversos y reprobados. Es una y la misma ira. Es como un fuego que hemos encendido con nuestros pecados.

Cuando *nosotros* estamos airados, es casi siempre una ira impura. Incluso cuando estamos indignados santamente por alguna causa justa, aún puede haber algo de nosotros mismos en ello, un temperamento impulsivo o un orgullo herido. Pero cuando Dios está airado, es diferente. Su ira es una aversión santa al pecado. El sol no puede tolerar la oscuridad, sino que la disipa. El agua y el fuego no pueden coexistir, pues son opuestos. Así es con Dios. Un Dios santo debe reaccionar ante el pecado. Él demostrará Su ira, Su ira santa. Se ha encendido un fuego a causa de nuestros pecados. Ese fuego está ardiendo contra los pecados de todo el género humano. Y es a través de ese fuego que el Señor Jesús tuvo que pasar para poder salvar a Su pueblo, los escogidos de Dios. Tuvo que pasar directamente por ese fuego indivisible para arrancar a Su esposa de él como un tizón. Por esa razón, el Catecismo puede decir que Él sufrió “la ira de Dios contra el pecado de todo el género humano”.

No, Él no murió como un mártir. En la historia de la iglesia cristiana, ha habido muchos mártires que tuvieron que entregar sus vidas por el Nombre del Señor. Ya en el Nuevo Testamento podemos leer acerca de Esteban, que fue apedreado hasta la muerte. Sin embargo, cuando él murió, el Señor estaba tan cerca de él que pudo regocijarse en Cristo e incluso orar por sus perseguidores. ¿Pueden entenderlo, jóvenes? Yo no lo puedo comprender. ¿Cómo pueden las personas que son apedreadas hasta la muerte o quemadas en la hoguera entrar en la eternidad con un canto en sus labios? ¿Cómo es posible? ¡Es posible porque el Señor está cerca de ellos con Su presencia dulce y Su mano sustentadora! Puede haber tanto amor de Dios en el corazón de un hijo sufriente o moribundo de Dios, que puede decir: “Yo no sabía que este era el sufrimiento; no sabía que esto era morir”.

Sin embargo, cuando el Señor Jesús sufrió bajo la ira de Dios en Getsemaní y en Gólgota, ningún amor de Dios fue derramado en Su corazón. Ningún amor paternal fue mezclado con la ira santa de Dios. Cristo tuvo que llevar la plenitud de la ira de Dios en lugar de Su pueblo. Tuvo que satisfacer al Juez del cielo y de la tierra. Tuvo que traer la reconciliación entre Dios y Su pueblo. Por eso, podemos decir que el sufrimiento de Cristo fue un sacrificio expiatorio.

En el Domingo 15, este sufrimiento se llama un sacrificio propiciatorio —el “único sacrificio propiciatorio”. Ese es un término difícil. ¿Qué es la propiciación? Quiere decir apaciguar por medio de un pago o satisfacción. Dios solo podía reconciliarse con el pecador a través de un sacrificio. Su santidad había sido ofendida, Su justicia violada. La vida y muerte de Jesús, sin embargo, fueron un sacrificio perfecto. Fue un pago por el pecado, una propiciación por el pecado, una satisfacción de la justicia de Dios. Jesús murió en lugar de otros, en el lugar de Su pueblo. Él eliminó su culpa y apaciguó la ira de Dios. Cuando Él se sujetó al Padre en Su vida y muerte, fue para glorificar a Dios y obtener la salvación para un pueblo digno de condenación.

¿Cuándo se convierte todo esto en una maravilla para mí? ¡Cuando conozco algo de la ira de Dios en mi propia vida! ¿Experimentarán algo de ello todos los hijos de Dios? Sí, lo experimentarán. No necesitan *sufrir* la ira de Dios, pero sí *experimentarán* algo de ella. Cada uno de ellos sentirá algo de esa aversión divina al pecado y experimentará algo de ese santo desagrado. Cuando el Señor lo convierte, usted sentirá que algo comienza a arder en su corazón. Es ese santo desagrado de Dios contra el pecado. Su corazón comenzará a arder en dos sentidos. Arderá de amor por Dios, ese mismo Dios a quien ha ofendido. Arderá de amor por Su santa justicia. Pero también arderá por no ver salida alguna. ¡Oh, al imaginar que tendrá que maldecir a Dios en el infierno para siempre! ¡Al no tener ninguna otra perspectiva más que blasfemar contra Aquel que es tan digno de ser amado y servido! Eso causa gran dolor y angustia. El pueblo de Dios aprenderá algo de ello. Probarán las amargas gotas de la ira de Dios contra el pecado. Conocerán algo de lo que le costó al Señor Jesús redimirlos. Aprenderán que Él, como Fiador, tuvo que beber la copa de la ira hasta el fondo.

Es por eso que el Mediador se vuelve tan precioso, congregación. ¡Oh, cuando Él se revela en Su Palabra y cuando el Espíritu Santo derrama luz sobre Él, cuando Él declara cuán dispuesto estaba a sujetarse al Padre y cómo llevó la ira de Dios para un pueblo cargado de pecado, se vuelve tan precioso! El sacrificio de Cristo no solamente demuestra la ira de Dios a la cual estamos expuestos, sino también el amor de Dios en Aquel que ofreció el sacrificio.

¿Cuál es el fruto de este sacrificio? Es la redención de una condenación eterna y la restauración al favor de Dios. Eso es lo que nos dice nuestro Catecismo. Es esa gran maravilla de la cual también nos habla la *Liturgia para la Celebración de la Santa Cena*, la maravilla de que Él llevó la ira de Dios bajo la cual nosotros hubiéramos perecido eternamente.

¿Hay almas cargadas hoy entre nosotros? ¿Hay pecadores cargados entre nosotros? Escuchen, entonces, el evangelio: Cristo bebió de la copa de ira para que usted pudiera recibir la copa de amor. Para Él no hubo nada más que ira en Gólgota, pero para usted no hay nada más que amor en Dios; nada más que favor, justicia y vida eterna. Quizá usted se pregunte: “¿Cómo es eso posible?” Bueno, consideremos nuestro segundo pensamiento para encontrar la respuesta a esa pregunta.

Segundo pensamiento. Bajo Poncio Pilato.

La Pregunta 38 dice: “¿Por qué padeció bajo el poder de Poncio Pilato juez?” El Credo Apostólico señala que Jesús sufrió cuando Pilato era gobernador de Judea. No dice: “Padeció bajo Caifás.” Eso, ciertamente, no hubiera sido falso, porque el Señor Jesús también sufrió mucho a manos de Caifás, el sumo sacerdote. Sin embargo, el nombre de Caifás no se encuentra en nuestro credo, a diferencia del de Poncio Pilato. ¿Por qué se menciona el nombre de aquel gobernador romano? ¿Es en realidad tan importante que Jesús padeciera bajo Poncio Pilato? La respuesta es “sí”. Supongan que el Señor Jesús hubiera muerto a manos de los soldados del rey Herodes poco después de Su nacimiento; en ese caso también hubiera derramado Su sangre. ¿Hubiera sido diferente? Sí. Tenía que hacerse claro que el sufrimiento de Cristo no fue infligido por cualquier persona aquí en la tierra, sino que descendió del cielo; vino de Dios.

“Bien”, dirá usted, “pero ¿qué tiene que ver eso con Poncio Pilato?” Pilato era el gobernador romano. Cuando él sentenció al Señor Jesús a muerte, lo hizo no como una persona privada, sino como el gobernador comisionado por el emperador romano. Sabemos que el sistema legal de los romanos era de un nivel muy alto. Cualquier estudiante de derecho en nuestras universidades hoy en día lo confirmará. En términos generales, las leyes romanas eran muy equilibradas y justas. Cuando Poncio Pilato dio su veredicto, lo hizo como el representante del Imperio Romano.

Es notable que su nombre se encuentre en el Credo Apostólico. No solo se lee el nombre de María allí, como vimos la última vez, sino también el de Pilato. Su nombre será mencionado hasta el último día, cada vez que se lea el Credo. ¿Cuál es la razón? Puede confundirnos. Pilato no era más malo que los fariseos. Tres veces declaró: “No hallo culpa en Cristo”. ¿Por qué, entonces, está su nombre aquí? Es porque él habló en nombre de Dios. En Romanos 13, la Biblia dice que los gobernantes son ministros, siervos de Dios, y que toda autoridad viene de Dios. Recuérdenlo. Cuando Poncio Pilato vio al Señor Jesús de pie ante su tribunal, le dijo: “Tengo poder para hacerte morir en la cruz”, pero Cristo dijo: “No, no tienes ese poder por ti mismo. Si tienes poder, es porque viene de Dios. Jamás podrías hacer algo a menos que te fuera dado de lo alto”. Así, Pilato se paró allí como un representante del Juez Altísimo, de Dios mismo. Cuando Pilato pronunció su juicio sobre el Señor Jesús, él habló en nombre de Dios. Fue Dios mismo quien se paró encima de y detrás de Pilato.

Esto no quiere decir que Pilato sea excusado por sus malas acciones ni que no será responsabilizado en el último día. Lo que hizo fue, en sí mismo, un terrible acto de injusticia. Él sabía que el Señor Jesús era inocente, y aun así lo entregó para ser crucificado. ¿Por qué lo hizo? ¡Porque prefería el respaldo del emperador romano, y buscaba el favor del pueblo judío! Él no tiene excusa. Sin embargo, todo sucedió en la providencia de Dios. Así es como el Catecismo lo

contempla: no desde el lado humano sino desde el lado divino. Fue el consejo de Dios, como Pedro dijo en el día de Pentecostés. Fue por el *“determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios”* (Hechos 2:23) que Cristo tuvo que ser sentenciado por Poncio Pilato y crucificado por los soldados romanos. Los judíos lo entregaron en manos de los inicuos, pero, al mismo tiempo, Dios hizo lo que Él había ordenado de antemano. Era necesario que se demuestre que, aunque Jesús era inocente, tenía que morir. Pilato consideraba a Jesús como un hombre inocente que en realidad debía ser liberado, pero Dios lo consideraba como el Cordero de Dios cargado con los pecados de Su pueblo.

Así, fue sentenciado a la muerte. La Biblia no dice que *el hombre* lo entregó, sino que *Dios* lo entregó. El apóstol declara que Dios, *“a su propio Hijo no eximió, sino que lo entregó por todos nosotros”* (Romanos 8:32). ¿Por qué lo hizo? ¿Con qué propósito lo entregó? La respuesta a la Pregunta 38 dice que fue para que *“nos librase del severo juicio de Dios, que había de venir sobre nosotros.”*

¿Ahora entendemos por qué era necesario que el Señor Jesús muera de esta forma y no de otra? No podía ser asesinado en un tumulto, ni podía ser apedreado por una multitud. Tenía que comparecer ante el tribunal de justicia y ser sentenciado por el Dios Todopoderoso. Por lo tanto, fue llevado ante Poncio Pilato.

Dado que los romanos gobernaban la tierra de los judíos en el tiempo del Señor Jesús, los judíos no tenían la autoridad para sentenciar a alguien a la muerte o ejecutar la pena capital. Tenían que recibir permiso del gobernador romano. Si los fariseos hubieran podido, habrían matado a Jesús ellos mismos. Pero ahora tuvieron que acudir a Poncio Pilato y hacer que Jesús fuera condenado por las autoridades. Por eso, Él padeció bajo Poncio Pilato.

Congregación, ¿entienden lo que esto significa para nosotros? Poncio Pilato era un romano. Él no era un judío, sino un gentil como la mayoría de nosotros. Tendemos a decir que fueron los judíos quienes crucificaron a Jesús. Por supuesto que fueron los líderes judíos quienes lo entregaron a Pilato, pero fue un gentil quien lo sentenció a la muerte y lo entregó para ser crucificado. Poncio Pilato fue el representante de las naciones de este mundo. Él nos representaba a ustedes y a mí. En otras palabras, *nuestras* manos estuvieron involucradas en la muerte de Jesús. Allí, en Gabata, hemos dicho: *“¡Crucifícalo! ¡Fuera con Él! ¡No queremos que Él sea Rey sobre nosotros!”*

Es un mensaje humillante para todos nosotros, pero un mensaje consolador para aquellos que han sido llevados de rodillas ante el Dios vivo. ¿Ya han encontrado ese lugar, querida congregación? Cuando un pecador es convertido, puesto bajo la justicia divina. Ya no es su prójimo u otra persona en la iglesia quien ha pecado. No, el dedo de Dios apunta hacia él: *“Tú eres aquel hombre”* (2 Samuel 12:7). Es convocado ante el tribunal de la santa ley de Dios, y su

conciencia comienza a hablar en voz alta. Es acusado en el tribunal celestial y ya no puede acallar su conciencia. Debe decir: “Es cierto. He quebrantado todos los mandamientos de Dios y rechazado las muchas invitaciones del evangelio.” Entonces ya no son los judíos quienes crucificaron al Señor Jesús; no, lo he hecho *yo*. Entonces *mis* pecados son los clavos que traspasaron Su bendito cuerpo. Entonces mi mano se pone sobre mi boca, y no tengo respuesta a las mil preguntas que se me hacen.

Ciertamente, es algo grande cuando, a veces, se recibe un poco de ánimo de la Palabra de Dios. Es un privilegio cuando realmente podemos escuchar y recibir un poco de esperanza. Sin embargo, una palabra de consuelo no es el beneficio de liberación; no es Jesús mismo. No es reconciliación con Dios. Es eso lo que tiene que aprender un pecador angustiado. Por lo tanto, el Señor continúa obrando en su vida. Prosigue con esa obra reveladora del Espíritu Santo para que el pecador sea despojado cada vez más de su propia justicia y sea puesto ante Dios como Aquel que no puede, de ningún modo, dar por inocente al malvado. El Espíritu Santo constriñe su corazón a inclinarse ante Dios y a ponerse a Su lado como un hijo culpable de Adán. Entonces Dios se convierte en Dios en mi vida, y Su castigo es tan perfectamente justo.

Oh congregación, ¡qué privilegio es cuando usted puede ponerse al lado de Dios y la Persona de Cristo es revelada a su corazón! No, eso no sucede en un sueño o una visión, sino por la Palabra y Espíritu de Dios. Entonces usted ve un camino de escape en Cristo. Entonces usted ve una plenitud tan perfecta, una liberación tan maravillosa. ¡Oh, qué alentador es cuando Él puede ser visto por fe por primera vez! Entonces puede incluso parecer que usted es ya es salvo, que sus pecados le han sido perdonados, y que todas sus necesidades han sido suplidas. Esa puede ser su impresión, por lo menos en ese momento. Usted busca su iniquidad, pero ya no puede hallarla. Ah, espere hasta que caiga de nuevo en sí mismo, y Cristo ya no esté a la vista. Espere hasta que su corazón depravado se levante otra vez, y no descubra más que incredulidad y enemistad.

Alguno dirá: “¿Enemistad en el corazón de un hijo de Dios? ¿Puede haber enemistad cuando el Señor ha sido tan bueno, cuando Dios se ha vuelto todo y el hombre nada? ¿Habrá enemistad contra ese precioso Salvador y contra ese camino de salvación por sola gracia?” Pidan la respuesta del pueblo de Dios. Pregunten a los discípulos del Señor cómo lucharon contra el camino del Mediador y la necesidad de Su sufrimiento. Hay enemistad tan profunda en la naturaleza caída del hombre. Claro que podemos decir que fue por amor que desearon que Él se quedara con ellos. No querían escuchar de Su muerte. Ellos dijeron: “Señor, esto no debería sucederte”. ¿Dijeron eso por amor? Sí. Sin embargo, había también resistencia y rebelión contra el camino que Cristo debía recorrer para llegar a la cruz. Había hostilidad contra los tratos del Señor por medio de los cuales tuvieron que ser quebrantados para convertirse en un objeto apropiado para la misericordia divina. La enemistad —¡Qué desconcertante! Cuando encuentran esto dentro de sí mismos, entonces hay tiempos en que no pueden creer que la gracia alguna

vez ha sido glorificada en sus vidas. Ya ni siquiera se atreven a orar. Sí, comienzan a pensar que no hay salvación para ellos y que se ha perdido toda esperanza.

Congregación, el Señor lleva a Su pueblo a un fin. Él los lleva al lugar donde Él trata con ellos con Su justicia impecable. Sí, es por amor que lo hace. Tratará con un pecador inconverso cuando muera. Tratará con el mundo cuando Jesús vuelva para juzgar a los vivos y a los muertos. Pero trata con Su pueblo en este lado de la tumba. Entonces ellos perecen ante Sus pies con todo lo que ha sucedido, con todas sus dulces horas de oraciones, y con todas las promesas que han recibido. Entonces ya no les queda nada: ni Jesús, ni fe, ni esperanza, ni aún un sentimiento dulce o una experiencia aceptable. Entonces todo está perdido. Su sentencia de muerte es pronunciada desde el cielo y solo pueden aceptarla.

Sin embargo —¡oh maravilla!—, el Señor no deja a Su pueblo allí. No permitirá que ellos perezcan. ¿Aún recuerdan lo que escuchamos al principio? Hubo Uno parado ante Poncio Pilato que no habló, que no abrió Su boca. Es ese gran Abogado que ahora está a la diestra del Padre para presentar Su sacrificio ante el tribunal del cielo. En Él, Dios ha encontrado un pago por el rescate de ellos. Por lo tanto, hay esperanza para una criatura sin esperanza. Hay perdón para un pecador condenado. El Padre dice: “Líbralo de descender al hoyo, he hallado un rescate”.¹ ¡Oh, entonces ese bendito intercambio sucede! Entonces puedo ver que Aquel que era inocente y puro como un cordero, tomó mi culpa, mi pecado y mi condenación. Me despoja de mis harapos sucios, y yo recibo el manto de justicia, esta vestidura blanca, lavada en la preciosa sangre de Cristo. ¡Oh, qué maravilla de gracia cuando el Juez del cielo habla para confirmar esto, cuando el Padre absuelve a Su pueblo de culpa y castigo y le da el derecho a la vida eterna!

Pueblo de Dios, que no haya descanso hasta que hayan experimentado ese bendito intercambio por fe y recibido esa palabra de remisión de la boca del Juez celestial. No nos sirve de nada cuando nos absolvemos a nosotros mismos o unos a otros. Debemos escucharlo de Dios mismo. Entonces se hace verdad lo que deseamos cantar del Salterio 283, estrofa 4.

* * * * *

Tercer pensamiento. Bajo la maldición de la cruz.

Congregación, reflexionamos sobre el sufrimiento expiatorio de Cristo: bajo la ira de Dios; bajo Poncio Pilato; y finalmente, bajo la maldición de la cruz. Leemos en la última pregunta: “¿Es más importante el haber sido crucificado, que morir de otro modo?” La respuesta dice: “Sí, porque este género de muerte me garantiza que él cargó sobre sí mismo la maldición sentenciada contra mí, por cuanto la muerte de cruz era maldita de Dios.”

¹ Nota del traductor: El texto original en inglés es una cita de Job 33:24 (KJV), representado por esta traducción más literal.

La crucifixión era algo muy vergonzoso y doloroso; también era una muerte maldita. Leemos en el Antiguo Testamento cómo los criminales condenados eran apedreados hasta la muerte. En Israel, una ejecución podía llevarse a cabo de diferentes maneras, y una de ellas era el apedreamiento. Después de eso, el cuerpo del fallecido tenía que ser colgado de un madero, porque una persona que había muerto de esa manera era considerada maldita por Dios.

¿Por qué, entonces, fue el Señor Jesús colgado en el madero, la cruz del Calvario? Fue porque había tomado los pecados de Su pueblo sobre Sí mismo. Por eso, Él fue levantado en una cruz. La Escritura dice que Él llevó la maldición de la ley. ¡Cuán grande y maravilloso se hace el amor de Cristo cuando consideramos que Él era plenamente consciente de lo que estaba sucediendo! Un israelita que había sido apedreado hasta la muerte ya no era consciente de nada cuando su cuerpo era colgado en un madero o cuando la gente, mirándolo, se burlaba de él. Ya no estaba vivo. Sin embargo, cuando Jesús estaba colgado en la cruz, Él veía todo lo que sucedía; escuchaba a sus adversarios escarneciéndolo, y sintió el peso de la maldición de Dios que cayó sobre Él. No obstante, Él rehusó todo lo que pudiera aliviar Su dolor y sufrimiento. Quiso pasar por este sufrimiento de forma plenamente consciente. Él se hizo maldición ante el rostro de Su Padre para poder bendecir a un pueblo digno de esa maldición. Él fue hecho pecado para que los pecadores pudieran ser hechos justicia de Dios en Él. Es por eso que Él sufrió la maldición de la cruz.

¡Cuán indescriptible es Su amor; cuán grande es Su misericordia! ¿Está usted bajo esa maldición, querido compañero de viaje y pecador en la iglesia? ¿Tiene usted que decir: “Yo merezco ese lugar; yo debería ser colgado en ese madero maldito; el Hijo de Dios nunca ha pecado; Él es inocente, pero yo no lo soy; yo debería haber muerto esa muerte maldita”? Oh, entonces incline sus rodillas en contrición de corazón. En Gálatas 3, el apóstol Pablo exclama: “*Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición*” (versículo 13). Y el profeta Isaías, como si estuviera parado ante el pie de la cruz, ya hablaba de esa maravilla: “*el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados*” (Isaías 53:5).

Congregación, ¡cuán bendito y glorioso es el fruto que fluye de la cruz del Calvario! Leemos en la *Liturgia para la Santa Cena del Señor* que Él ha tomado sobre Sí mismo la maldición que nosotros merecimos, para que Él nos llenara con Su bendición.

Sin embargo, hay también otro lado. Debemos decirlo honestamente. Debemos hacernos libres de la sangre de todos ustedes, congregación. Seríamos infieles a Aquel que nos envió si guardáramos silencio al respecto. El sufrimiento de Cristo no solo nos demuestra la grandeza del amor de Dios; también nos demuestra cuán terrible es el pecado. Dios tuvo que entregar a Su propio Hijo —no había otro camino— y Cristo tuvo que morir una muerte tan maldita como la muerte de cruz. De esto podemos aprender cuán terribles son nuestros pecados y lo que nos

espera si permanecemos en ellos y en la incredulidad. Llévense esto a casa, y que el Señor lo ate a sus corazones. Sus vidas están bajo maldición, y sus futuros también están bajo maldición si no se arrepienten. Oh, si no confiesan sus pecados y se refugian en este Salvador, esa maldición permanecerá sobre ustedes para siempre. *“El que no cree al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él”* (Juan 3:36). ¡Oh, busquen al Señor antes de que sea demasiado tarde! ¡No menosprecien el día de la salvación! Hay todavía gracia en Dios. El sacrificio de Cristo tiene tanto valor que, aun si hubiera mil mundos y todos hubieran caído en el pecado, el sufrimiento de Cristo sería más que suficiente para salvarlos. No le falta nada —nada. Por lo tanto, hay gracia en Dios. Aún es posible ser salvo de —lo decimos con un corazón tembloroso, pero lo debemos decir— la eterna condenación.

Quizá haya un pecador angustiado entre nosotros que se siente digno de ese justo castigo. Puede haber momentos en los cuales usted tenga un poco de esperanza, pero, en otras ocasiones, toda la esperanza se pierde de nuevo. Usted piensa: “Si tan solo pudiera orar más tiernamente y escuchar un poco mejor, entonces creería que el Señor me mirará aún con misericordia. Primero, debo convertirme en una mejor persona.” No, mi querido amigo, eso no es lo que usted necesita. Lo que usted requiere es ese sacrificio perfecto. Necesita a Cristo en Su sufrimiento expiatorio. No hay otro camino. Es el único camino por el cual Dios queda satisfecho, y es el único camino por el cual su corazón encontrará la paz, una paz que sobrepasa todo entendimiento. Por lo tanto, huya a Aquel que murió para *merecer* esa paz y que vive para *conceder* esa paz.

Hijos de Dios, tienen un Salvador tan amado. No hay nadie como Él, ni en los cielos, ni en la tierra. Él es un Redentor tan grande, tan suficiente y tan dispuesto. Maravíllense de Su bondad. Mediten mucho acerca de Su sufrimiento, porque, como finalmente leemos aquí en el Domingo 15, “me garantiza que él cargó sobre sí mismo la maldición sentenciada contra mí, por cuanto la muerte de cruz era maldita de Dios.” Hay seguridad de salvación para un pueblo vacilante. Oh, que el Señor establezca y confirme Su propia obra. La obra de gracia que Él ha comenzado será perfeccionada hasta el final.

Oh, pueblo del Señor, cuán grande es si usted puede repetir esas palabras: “me garantiza”. ¿Posee usted esa seguridad? Que esto lo conduzca a un andar tierno delante de Su rostro. Permanezca cerca de Aquel que es tan precioso. Que el pecado se vuelva cada vez más gravoso para usted, pero que también Su gracia sea siempre suficiente para usted. Busque ser ministrado por Aquel que sufrió bajo la ira de Dios, bajo Poncio Pilato y bajo la maldición de la cruz. Busque adorarlo a Él, quien ha expiado sus pecados con Su gran sufrimiento y agonía mortal. Sí, busque glorificarlo en su cuerpo y en su espíritu, porque ha sido comprado con un precio. Amén.

Salterio 83:1,2